



***Corpus Christi* (2019) de Jan Komasa**

Por ARLET SÁNCHEZ
ROJALS

Ganadora del Premio de la Crítica en el BCN Film Festival 2020 y nominada a cuatro Premios del Cine Europeo, *Corpus Christi* se erige como una de las cintas más ambiciosas y rompedoras de la temporada; quebrantando barreras del cine religioso al que estamos acostumbrados, y negándose a ser encasillada en un solo género, la obra polaca ofrece un viaje (espiritual) y una reflexión acerca del orden y la ley establecidos por el ser humano.

El tercer largometraje de ficción del prometedor director Jan Komasa (Poznán, 1981) se inicia con una escena durísima y estremecedora, sirviéndose de augurio (y de aviso) sobre el contenido que se presenciara durante todo el filme. Basada en hechos reales, la historia gira entorno al convicto Daniel que se encuentra encerrado en un reformatorio y con un único compañero

al que aferrarse; la religión. Los otros presidiarios solo desprenden maldad y odio, sentimientos que quedan desvanecidos cuando el padre Tomasz lleva a cabo las misas y oraciones - permitiendo al joven Daniel ser su ayudante y su pupilo predilecto-. Su sueño, o al menos su objetivo a corto plazo, es ser un sacerdote, pero su historial delictivo nunca se lo permitiría. Cuando es enviado a trabajar a un aserradero a la otra punta del país, se detiene en la iglesia más próxima a aserenarse y se define, frente a una chica del pueblo, como un cura recién graduado. Su pequeña mentira es creída rápidamente por todos los habitantes del pueblo, y aprovechando que el vicario se encuentra indispuerto, se apresta a oficializar misas y a realizar todos los actos religiosos que el pueblo requiere. Se convierte automáticamente en el impostor que espera ser cazado, pero ¿qué tiene a perder alguien que no tiene absolutamente nada?

Sin escatimar en escenas de sexo, de violencia, y de drogas, Komasa juega con los diferentes géneros para crear una mezcla explosiva; religión reinventada, dramatismo sin caer en ningún sentimentalismo lacrimógeno, comedia dura, terca y negra, y elementos de suspense y de *thriller* (siendo este último el que menos le interesa al director). Esta premisa del forastero y su integración en una nueva comunidad se repite por enésima vez, aunque claro está con una originalidad y un estilo insolentes. Es inevitable compararla, sin embargo, con la disruptiva y memorable *First Reformed* (2017), con la que comparte virtudes y similares razonamientos, además de ser dos intentos conseguidísimos del alejamiento del tradicional cine religioso.

Algunos aborrecemos ese abuso de frialdad en los planos y en los diálogos que recurrentemente se está

utilizando en el cine independiente actual; la predecesora y ampliamente galardonada compatriota *Cold War* (2018) es un ejemplo de ello. *Corpus Christi* también encuentra esta necesidad de mostrar crudeza y frío en su historia, pero se sirve de otros mecanismos como la excelente fotografía y los tonos gélidos -y no otros más monótonos como la eternidad en los planos o las emociones excesivamente contenidas-. El trabajo de fotografía, ganador del Premio de

Cine Polaco a la Mejor Fotografía de 2020, es deslumbrante. Los tres escenarios están cuidados y pensados al detalle, y sus colores muestran exactamente su grado de tormento y turbulencia. El reformatorio es todo oscuridad y tonos grises, la iglesia solo gana luminosidad y calidez cuando Daniel da sermones -esas túnicas violetas y verdes conforman los planes más vistosos-, y el pueblo oscila entre los tonos azules de día y los rojizos y flamantes de noche.



Todo el peso interpretativo cae sobre el protagonista (impecable Bartosz Bielenia), que podría estar sacado tanto de *Trainspotting* (1996) como del joven discípulo de *El Nombre de la Rosa* (1986). Él es, en sí mismo, la perfecta contradicción del bien y el mal, del odio y el amor, del placer y el dolor, de la disciplina y el caos. Nosotros querremos, a la vez, que sea castigado y que sea perdonado. Sus tatuajes, sus atuendos, sus palabras y sus miradas; todo parece estar diseñado para crear el personaje principal perfecto. Tras esos ojos azules, penetrantes y desgarradores, se encuentra un muchacho atormentado por su pasado turbio y oscuro, por sus remordimientos

y sus pecados, aunque nunca verbalizados por el mismo. El pueblo lo acogerá en su regazo y se (retro)alimentarán mutuamente hasta que la verdad aceche y vea la luz.

Justo ese infinito tormento y ese enorme peso que lleva a sus espaldas hará que Daniel conecte con los habitantes de ese pequeño pueblo rural, que recientemente sufrieron una tragedia que acabó con la vida de siete personas. El dolor y la aflicción son compartidos, y junto a la fe, harán que el vínculo que se cree sea aún más fuerte, basado en el respeto mutuo y en la confianza. Un ciclo virtuoso surgirá; el carisma y sus sermones poco convencionales motivarán y curarán a

los fieles de sus heridas, y estos adoptarán e integrarán al forastero, haciéndolo sentirse como parte de la familia.

El director escarba y se regocija en las reflexiones acerca de los sentimientos y el comportamiento de las personas dentro de las comunidades. Todo el proyecto es, a grandes trazos, una introspección al ser humano, a las

normas sociales preestablecidas y cómo no, a la fe cristiana. Se recupera, incluso, el dilema que Sófocles planteó acerca de las normas y leyes sociales y su choque con lo moralmente correcto. Daniel se convierte en el *alter ego* de Antígona, defendiendo la causa de que todo el mundo, incluso el supuesto enemigo, merece ser respetado y enterrado acorde a su voluntad.



Komasa juzga sin pudor desde una perspectiva social, aunque también lo hace desde una óptica muy desdibujada en lo político. Por un lado, desprecia la falsedad cristiana mostrando unos feligreses que van a misa pero que, al salir de ella, olvidan todos los valores religiosos. ¿De qué sirve predicar el Evangelio, ir a la iglesia los domingos, y confesarse si en la vida diaria no se aplica ni una sola de esas virtudes y actos que se pregonan? Daniel, no siendo precisamente un santo, les conducirá por el buen camino apelando al perdón y enseñándoles a mirarse al espejo antes de señalar a otros culpables. Sufrirán, por lo tanto, una transformación positiva y elegirán el amor por encima del odio. Por otro lado, el sistema actual de los presidiarios y su reinserción es analizado tanto con recelo como con ironía. El protagonista, llegado a ser calificado como “escoria”, se adapta y

se reintegra, todo bajo la búsqueda sin descanso de la expiación. Pero a cambio solo recibirá el estigma y el prejuicio, demasiado arraigados en las sociedades actuales.

Numerosas moralejas, aunque un poco difusas, pueden ser sacadas del largometraje. Primero, la filosofía del buen Karma es ampliamente rechazada; “aunque pueda parecer imposible que este sea el plan de dios, lo es”. La vida es dura, y lo seguirá siendo aunque corriamos nuestros actos. Segundo, en el mundo habrá espacio para el perdón, pero no para la redención. Tercero, los seres humanos somos demasiado hipócritas, y poco nos cuesta sacar la maldad que llevamos dentro. Aunque, de hecho, la libre interpretación puede ser aplicada, ya que el director prefiere que los espectadores saquen sus propias conclusiones. *Corpus Christi* es eso; es el esbozo, es el orador de un debate que evita mojarse. Es una película que no

narra, sino que boxea, que es ternura pero sobre todo rabia. Lástima que en los *Oscars* quedara eclipsada (como todas las demás) por *Parásitos* (2019), porque no se puede quedar en la intrascendencia; ha sido creada para ser recordada.

T.O.: *Boże Ciało*. **Dirección:** Jan Komasa. **Producción:** Aurum Film.

Guion: Mateusz Pacewicz. **Fotografía:** Piotr Sobocinski Jr. **Música:** Evgueni Galperine, Sacha Galperine. **Intérpretes:** Bartosz Bielenia, Aleksandra Konieczna, Eliza Rycembel, Tomasz Zietek.

Color. Estreno en España: 16 de octubre de 2020.

